

impar burgo castellano para restaurar el famoso alcázar, encontró magníficos los trabajos del incipiente artista, para quien gestionó una pensión de la Diputación Provincial. Marinas pudo así estudiar afanosamente en la Escuela de San Fernando, y a los veinte años de edad envió a la Exposición Nacional una estatua, que obtuvo segunda medalla. Tuvo por maestros a Samsó y a Suñol, y en 1888 logró el pensionado de Roma, donde siguió las enseñanzas de Palmaroli, afianzadoras en él de la devoción a los maestros clásicos. Uno de sus envíos reglamentarios, el grupo *2 de mayo de 1808*, fué premiado con primera medalla, triunfo al que siguió el de medalla de oro, lograda en la Exposición de Munich, por otra obra suya, *Descanso del modelo*.

Al regresar a Madrid, Marinas era ya el artista consagrado que, al correr de los años, ofrecería una serie magnífica de monumentos y otras creaciones, constitutiva de la ejecutoria de su prestigio; serie tan numerosa, que no podemos reseñarla. Desde los relieves para la iglesia salmantina de San Juan de Sahagún hasta el monumento a las Cortes de Cádiz y el erigido al Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles—por citar algunas de sus obras postreras—, todas las demás plasmadas por Marinas denotan, de manera inconfundible e indecadente, las características temperamentales, el estilo del eminente artista: facilidad de ejecución, armonía compositiva, elegancia y naturalidad de las actitudes. Arte es el suyo fecundo e inagotable, de soberana inspiración, exaltador del sentimiento eternal y humano, que pone de manifiesto la armonía existente entre el hombre y el artista, el sentido superador de la belleza en cuanto ésta tiene de conformidad del ser con su destino. Realista e idealista a la vez, de la mejor escuela racial, Marinas coonestó la observación y la imaginación, la exactitud representativa y el simbolismo de la idea, basados en el dominio de la copia del natural y la pureza de la línea. Estos fundamentos explican que también fuera un pintor admirable, según atestiguan los paisajes y retratos que ha dejado.

Son innumerables, a más de los ya indicados, los lauros profesionales y los honores oficiales que alcanzó Marinas, a lo largo de una sesentena de labor, en concursos, exposiciones y otros certámenes nacionales y extranjeros. Elegido miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1903, dirigió esta Corporación durante los últimos años de su vida. Poseía las Grandes Cruces de Alfonso X el Sabio y del Mérito Militar, y la Encomienda de Isabel la Católica. Trabajador infatigable, este varón ejemplar, modesto y un tanto retraído en su dignidad de hombre y de artista, que físicamente parecía uno de aquellos hidalgos inmortalizados por *el Greco*